

LA CAMPA

In memoriam.

No hay pueblo, por pequeño que sea, que no cuente entre sus habitantes con algún vecino que ha perdido la condición de persona común y por mor de sus peculiaridades se ha convertido en personaje (persona que destaca por algo). Laperdiguera no podía ser una excepción.

Nacida en Abiego, se hizo vecina de este Pueblo en razón del matrimonio que contrajo con José Campo, motivo por el que, aunque se llamaba Francisca, todo el pueblo la conocía con el sobrenombre de *La Campa*.

Miradla cómo sale de su casa y va andando por la Calle Mallacán, con tal lentitud y parsimonia como si no estuviera segura de a dónde se encamina o como si se dirigiera a ninguna parte. Tal vez lo que acaba de comenzar sea un recorrido por todas las calles y casas del Pueblo para comunicar a sus moradores el fallecimiento de algún vecino. Porque ella es la que siempre se encarga de hacer llegar a todos la triste noticia. Y la que dirige el Rosario que se reza en la casa del difunto en algún momento de la larga noche del velatorio. Élla es mujer muy religiosa, de misa y aun de rosario, y ningún año deja de peregrinar a El Pueyo, el Lunes de Pascua, junto a otros habitantes del Pueblo. “Es indudable que una viejecita puede amar mejor a Dios que un doctor en Teología” (San Buenaventura).

La Campa es una mujer alta y fuerte. En su rostro todavía quedan pruebas de que en su juventud debió de disfrutar de una cierta hermosura que el tiempo se ha encargado de desdibujar, aunque no del todo. Viste, como todas las mujeres de su pueblo y de su época, de negro y cubre su cabeza con el también clásico pañuelo del mismo color. Ha traído tres hijos a este mundo: María es su primogénita. Era más baja que su madre y lucía, según creo, rubio cabello, aunque lo cierto es que no recuerdo casi nada de ella ya que emigró muy joven a Barcelona. Francisco es su segundo hijo y seguramente le impusieron ese nombre en recuerdo del de su madre. En su juventud fue un mozo *chic* (elegante), adelantado a su tiempo y con orgullo lucía un fino bigotillo al estilo de Clark Gable, famoso artista de cine de aquellos años. De él se decía que era el mozo del Pueblo

que mejor bailaba, rasgo importante y muy apreciado, sobre todo por las chicas, dado que el baile era, en aquellos tiempos, el único pasatiempo y divertimento del que podían disfrutar los jóvenes. Rosario es el nombre de su tercera hija, a la que saludo y espero que estas líneas traigan a su memoria antiguos y gratos recuerdos. Fermín, su último vástago, falleció no hace mucho tiempo.

La Campa era persona tranquila y sosegada, andaba y hablaba casi perezosamente y con su actitud transmitía quietud y paz. Nunca mantuvo discusiones con ningún vecino, de esos tontos enfrentamientos tan frecuentes antes entre los habitantes de los pueblos. Tengo la impresión de que *La Campa* fue una persona feliz pues se conformaba con lo que tenía, que no era mucho, y ello le permitía no esperar nada de los demás. Parece como si hubiese leído y asumido a Shakespeare que escribió de si mismo: "Siempre me siento feliz porque no espero nada de nadie. Esperar siempre duele". Aunque dudo mucho que lo hiciera porque no me consta que *La Campa* supiera leer.

Hasta los años 50-60 del siglo pasado existió la costumbre de que la conocida Casa de Paúl invitara a comer a una familia del Pueblo, creo que el día de San José. Era sólo un recuerdo tardío, testimonio de la frecuente práctica de la caridad existente en tiempos pasados y hoy, por desgracia, caída en desuso. La agraciada con esta deferencia era precisamente la familia de Casa Campo. Aunque no tengo constancia histórica escrita del origen de esta costumbre todo me hace pensar que debió de ser iniciada por el muy devoto y generoso varón Don Ramón de Medina, vecino de nuestro Pueblo, y el mismo que, como los lectores del *Libro documental sobre Laperdiguera* conocen bien, el año 1532 creó dos Capellanías, una en la Iglesia Parroquial en honor de la Virgen del Rosario y otra en la Capilla que tenía en su propia Casa (hoy Casa de Paúl) bajo la invocación de San Francisco de Asís. O tal vez fue idea de alguno de sus sucesores y herederos. El hecho feliz es que tal costumbre, ejemplo de caridad cristiana, llegó hasta nosotros y feneció sólo tras una larga vida de más de cuatrocientos años.

A pesar de que yo era todavía un niño cuando ella era ya mayor el hecho es que, sin saber muy bien por qué razón, siempre me llamó la

atención el modo de ser de *La Campa*, y la imagen que de ella guardo me hace recordarla como una mujer diferente pero no rara, singular pero no extraña, peculiar pero no extravagante, pobre pero no mísera. Fue una persona que ni incitaba a la envidia ni movía a la compasión y aun después de haber dejado tras si muchos años siguió conservando la inocencia propia del niño. Ni la malicia ni la doblez encontraron cobijo en ella.

Por eso quisiera que estas letras fueran un homenaje a su figura y que ellas, aunque sólo sea por un momento, despertaran su recuerdo entre los actuales vecinos del que, por circunstancias de la vida, fue su pueblo.

Todos sabemos que su vida no fue fácil pero sobre todo fue lamentable su triste final. Cuando volvía a su casa, llevando sobre su cabeza un haz de leña con la que alimentar el fuego de su hogar y debido a su deteriorada visión, cayó a un hueco del terreno existente en Las Torrazas, a la entrada del pueblo, sufriendo heridas de las que no logró recuperarse.

Descanse en paz.